

tro que están hartos de ser considerados como continuadores del realismo mágico –fórmula que, por otro lado no cultivan– y que para ellos es sólo la expresión del Caribe y no de todo un continente tan complejo y diverso. A la vez defienden su condición de cosmopolitas, urbanos y posmodernos.

Hay ahora, por tanto, una nueva manera de leer y escribir literatura en América Latina, sin que ello quiera decir que esta generación renuncie a su herencia literaria. Sostienen estos novelistas que surgen nuevas maneras de abordar la realidad, maneras más acordes con su visión personal de la literatura y de la realidad de América Latina. Ello, como defiende Jorge Franco, hace que la literatura actual de este continente no se parezca en nada a la de sus antecesores. Diferencia que, por otro lado, consideran natural ya que las circunstancias han cambiado. Ahora los escritores no se ciñen al espacio latinoamericano, surgen otros nuevos y distantes en los que se ambientan las novelas: China, París, Suiza, Bizancio, Rusia, Madison... También la utopía de los escritores anteriores ha cedido paso al desencanto. Los nuevos novelistas sólo aspiran a contar historias sin asumir posiciones políticas. La realidad ya no necesita del escritor para alterarse porque es «es sí misma una realidad trastornada». Esta generación

más joven desconfía de propuestas ideológicas y detesta cultivar la visión tradicional del escritor comprometido con su sociedad y con firmes convicciones políticas. Sólo cree en el hombre derrotado. Lógicamente, surgen otros temas más acordes con los nuevos tiempos y la era tecnológica: la cultura de masas, la publicidad, el vídeo... Es tal el desarraigo de estos autores que resulta difícil reconocer su nacionalidad, dificultad potenciada porque han eliminado la identidad de su narrativa.

En cuanto a la recepción de esta literatura por parte de la crítica española, que tan maravillosamente acogió las novelas del *boom*, deja mucho que desear. Se cree que la crítica en los periódicos se ha reducido a una simple y escueta opinión, muchas veces arbitraria y movida por intereses comerciales. Estos escritores están convencidos de que no hay una crítica española genuina y especializada y que, por otro lado, está empeñada en constreñir al escritor dentro de su nación. Una crítica que, en definitiva, sólo busca escritores que reemplacen a los consagrados.

Este encuentro en el que se ha debatido en torno a la aparición de una nueva generación literaria ha dejado claro que el futuro de la misma es más que prometedor como revela la nómina de algunos de sus representantes y que figura

al comienzo de esta reseña; que estos escritores tienen necesidad de definirla sin prejuicios y que defienden una literatura en español sin fronteras.

Solamente cabe señalar que el nivel de las ponencias mantuvo, en general, coherencia y cohesión intelectual y que los participantes estuvieron tutelados en todo momento por la presencia inevitable de Roberto Bolaño a cuya memoria va dedicado el volumen.

La otra cara de Rock Hudson, Guillermo Fadanelli, Anagrama, Barcelona, 2004, 144 pp. **Compraré un rifle**, Guillermo Fadanelli, Anagrama, Barcelona, 2004, 140 pp.

El escritor Guillermo Fadanelli (1963) representa uno de los valores más desazonantes de la literatura contemporánea mexicana. Adscrito al movimiento *underground* o contracultural, una de cuyas manifestaciones más próxima es la revista *Moho*, fundada y dirigida por este escritor, se siente parte de la llamada «estética chatarra», «estética basura», etiqueta muy apropiada, como ironiza el autor, en un país caracterizado por su pobreza. La define como «una actitud que se opone a la idea de lo trascendental en la literatura». Conven-

cido de que ésta se relaciona con el dolor, no duda en hacer suyo un pensamiento de Cioran: «El mundo no se conoce por medio de conceptos sino a partir de las lágrimas», afirmación que lleva al autor de *Lodo* a entender la literatura «como producto de una intensa relación con la vida», lo cual explica, a su vez, la presencia del factor autobiográfico en sus novelas y relatos.

Los dos libros que comentamos tienen en común estar ambientados en México, enorme territorio «compuesto de barrios, colonias, espacios que tienen desarrollos muy diferentes, en donde hay colonias muy bellas y otras muy deteriorada». México representa la ciudad como destino trágico, como caos, una ciudad que «mata al espíritu, pero no al cuerpo». Es un territorio de guerra. Como confiesa Guillermo Fadanelli: «Vivo en la ciudad más grande del mundo, que resulta la más incómoda y brutal con sus habitantes y por ello tratamos de devolver bofetada a bofetada las que propina a sus ciudadanos». Un espacio inhóspito, «como un cajón de muerto», en el que no hay nada nuevo. Todo está usado, viejo y podrido: los edificios están desmoronándose, las calles reventadas y llenas de baches, sucias, con olor a orines, vómito, a madera podrida y a gasolina, por donde pululan y sobreviven

asesinos, prostitutas, drogadictos, obsesos sexuales... en cualquier caso seres desesperanzados, desamparados, olvidados y solitarios, que nunca llegan a nada y a los que nada les sale bien. No sienten esperanza de cambio y están convencidos de que la vida seguirá igual: miserable y desgraciada. Fadanelli se centra en los desposeídos, desfavorecidos y marginales, pero sin actitudes maniqueas, ni de denuncia, ni de defensa de los pobres, tampoco propone la necesidad de cambios. El escritor mexicano mantiene un claro y evidente distanciamiento respecto a la violencia y al retrato de la delincuencia como alternativa a la imposibilidad de modificar el sistema y la realidad. Ante esta certidumbre el autor de *Compraré un rifle* sostiene que «ante lo social la indiferencia es verdaderamente provocativa».

Tanto en el conjunto de relatos como en la novela estamos ante la destrucción de lo inmediato, de la cotidianeidad vivida por unos personajes que se entregan a su trágico destino. «El crimen y la vejación en mi literatura no son un accidente, sino una parte fundamental de la vida cotidiana. Pero no soy un cronista, sino un escritor con obsesiones. Unos delirios que me llevan a ver la ciudad como un Nintendo teñido de rojo. Nunca me ha interesado la política como tema literario».

Estilísticamente, el lenguaje elegido pertenece al código criminal, es el lenguaje de la podredumbre y de la descomposición ya que para este escritor, como le enseñó John Fante, «la literatura no es sólo un ejercicio de buena gramática». Literatura acerba, que va derechamente a su objetivo, condensada —el autor considera absurdo escribir novelas largas— en la brevedad de un apunte y que perturba por la apatía con que se describe la denigración. Dos libros que representan el más puro nihilismo que explica, también, la razón por la cual escribe este autor: «porque existen preguntas que jamás serán respondidas».

Milagros Sánchez Arnosi

Osvaldo Bazán, Historia de la homosexualidad en la Argentina, De la Conquista de América al siglo XXI, Buenos Aires, Marea Editorial, 480 pp.

«Tenía el corazón cálido, el gesto frenético, el sentido del lirismo, y veía casi todo en negro, como una llama pasando sobre la nada. Tal la descripción que hizo León Daudet de un argentino de Tucumán que un día recaló en París para convertirse al cabo en un

personaje de Proust. El argentinito se llamaba Gabriel Iturri, o D'Yturri, según la fantasía de quien haría de él su secretario y su amante, el conde Montequiou-Fézenzac. Ambos pasaron a la inmortalidad gracias a *En busca del tiempo perdido*, donde Iturri se llama Jupien o Morel y el conde se transforma en el barón Charlus.

En su *Historia de la homosexualidad en la Argentina. De la Conquista de América al siglo XXI*, Bazán nos recuerda este cuento de hadas y otros más bien de terror, como lo ilustran los casos de Andrés Cepeda, «delincuente menor, anarquista y homosexual [...] uno de los primeros poetas del tango», muerto a cuchilladas en 1910; del dramaturgo Tulio Carella, torturado en Brasil por los militares en 1961 como presunto «agente cubano» y obligado a callar con el chantaje de hacer pública su homosexualidad; o la del cupletista Miguel de Molina, quien desembarcó en Buenos Aires en 1942 y fue expulsado en 1943, por homosexual, en virtud de la ley de Residencia, «la que echó a anarquistas y obreros revoltosos».

Son como breves monografías o, si se quiere, apasionantes relatos insertos en una reflexión más amplia sobre el «pecado nefando», como se llamaba en España, y se siguió llamando en el

Nuevo Mundo desde los primeros días de la Conquista, a la relación sexual entre hombres. También se amplía la narración, ya que se trata de rastrear a partir del siglo XV, y en el espacio total americano, el origen de un prejuicio que se apoderó de todo un continente en el que muchas de sus culturas no despreciaban la práctica del sexo entre varones, ni la censuraban, ni la castigaban. Para los mapuches, por ejemplo, «además de hombres y mujeres, había al menos una identidad de género más y aceptaban muchos tipos diferentes de actos sexuales. Pensaban que la sexualidad era algo que se construía, no algo que resultaba naturalmente de la anatomía». Y, más importante aún, «para ellos, un hombre que se “afeminaba” no perdía ningún estatus, privilegio o poder porque tanto hombres como mujeres estaban en un pie de igualdad. Ser menos hombre no era mal visto porque ser mujer no lo era. La mujer y lo femenino eran valorados socialmente».

El autor dedica el libro «a los prejuiciosos, los crueles y los necios», que le hicieron «buscar respuestas», una de las cuales es esta que acabamos de citar, siempre respaldadas con abundantes fuentes documentales, lúcidamente argumentadas y expresadas con contundente claridad.

Ricardo Dessau